

Ficción
histórica

LA PEQUEÑA LLAMA DE ORO

Paul Mason
ilustrado por James Watson



Mc
Graw
Hill
Education

LECTURA
COMPLEMENTARIA

Solo trabajar sin descansar



Pregunta esencial

¿Qué influye en el desarrollo de una cultura?

LA PEQUEÑA LLAMA DE ORO

Paul Mason
ilustrado por James Watson

Capítulo 1

El brillo del oro 2

Capítulo 2

Titu 5

Capítulo 3

Sacrificio y civilización 8

Capítulo 4

El plan de Khonu 11

Respuesta a la lectura 16

**LECTURA
COMPLEMENTARIA**

Solo trabajar sin descansar 17

Enfoque: Elementos literarios 20

EL BRILLO DEL ORO

Una manada de llamas pasó frente a mí cuando estaba sentado inmóvil en una roca, e hicieron una pausa para mirarme con curiosidad antes de seguir su camino a través de la llanura.

“Si solo supieran lo valiosas que son”, pensé con una sonrisa mientras las miraba. “Cómo nos ayudaron a prosperar ustedes, las llamas. ¡El imperio fue trasladado a las montañas prácticamente sobre sus lomos!”.

Caminé a casa envolviéndome en mi abrigo. Las sombras se extendían sobre las montañas, pero todavía podía ver a las llamas cruzar hábilmente por las colinas. Me llamó la atención una en particular, era de lana negra y pura y de aspecto majestuoso.



“Se parece tanto a Titu”, pensé. Cuando era niño, Titu era mi llama favorita entre las de la manada de mi tío. A Titu se la habían llevado lejos de nosotros; las manos del destino, de repente, la habían arrancado de las colinas donde pastaba. “Ese sí que era un gran cuento para contar”, pensé.

—¿Estás observando con detenimiento, Khonu? —Thonapu, mi papá, bajó sus herramientas—. Por favor pon atención, esto es por tu propio bien. Un día, tu sustento dependerá de la habilidad que tengas para moldear este oro en piezas hermosas.

—Estaba mirando, papá —respondí, trayendo mi mente de vuelta de la colina a donde había salido volando.

—Toma —me dijo mi padre, dándome la estatua a medio hacer en la que había estado trabajando tan concentrado—. ¿Qué te parece?

La llama de oro, con el cuerpo hueco y dos delicadas patas traseras, era tan pequeña y tan liviana que cabía perfectamente en la palma de mi mano. Las patas traseras terminaban en diminutos pies esculpidos de manera intrincada, incluso los dedos estaban separados. Se podía sentir el movimiento de la cola de la llama. La llama se veía muy real, como si mi padre le hubiera dado vida al metal; deseé poder hacer eso.

—Se ve bien —dije.



Mi padre dio un gruñido.

—Necesita mucho más trabajo, ¿ves que las uniones de las patas son visibles todavía? Deben ser más delicadas.

Volvió a martillar hábilmente una nueva hoja de oro para las patas frontales, haciendo el metal cada vez más delgado y flexible, trabajando como lo había hecho durante años, como había aprendido de su padre, y como lo haría yo algún día. Este era el legado que mi padre me dejaría, es decir, mi destino.

Los ojos oscuros de mi padre miraban de cerca el oro que tenían en frente, mientras se mordía el labio inferior. Se veía preocupado. Un miembro de la nobleza había mandado a hacer la pequeña estatua de oro como ofrenda para Inti, el dios del sol, y todavía faltaba mucho para que estuviera terminada.

—La llama debe estar terminada para Inti Raymi, ¿no, papá? —dije, adivinando lo que mi padre estaba pensando.

Sabía que faltaba tan solo un par de días para el festival del sol. Esperaba ansioso la ceremonia y el festejo posterior, porque, como preparación, mi familia y yo habíamos estado ayunando y no habíamos comido nada más que maíz por muchos días.

Mi padre asintió con la cabeza y, como veía que yo estaba inquieto, me dejó ir.

—Anda, vete. Necesito concentrarme. —Suspiró y sonrió—. Ve a ver si tu tío necesita ayuda.

No esperé a que me lo dijera dos veces. Salí corriendo por las calles estrechas de la ciudad hacia las puertas y hacia la colina a la que mi mente se escapaba con tanta frecuencia. El golpe de mis pies hacía eco en las altas paredes de piedra. Saltaba sobre las piedras del pavimento y corría pasando junto a las mujeres que estaban tejiendo bajo los aleros de sus casas, hasta que estuve más allá de las puertas de la ciudad, en el extenso campo.

Después de subir una extenuante pendiente, que me dejó las piernas adoloridas, encontré a mi tío Urcon en lo alto de la colina y lo saludé cálidamente.

—Bueno, ha llegado el gran orfebre en persona —bromeó, levantando una ceja—. ¿Has venido a verme en uno de tus descansos?, ¿o solo estás presente para ver a la manada?

Después de hablar con mi tío durante un rato, me fui a caminar entre la manada. Mi presencia apenas causaba una reacción en ellas. A las llamas no les preocupaba mi presencia, algunas de las criaturas más osadas incluso se acercaban y me miraban directo a los ojos, mientras masticaban ruidosamente. Urcon trataba bien a sus animales, era una manada gentil.

Yo sabía, en todo caso, que si trataba mal a una llama, tendría que lidiar con una bestia totalmente diferente. Una vez vi a un hombre que le ponía una carga muy pesada a su llama, esperando que el pobre animal la llevara. La llama se sentó y se negó a moverse, ignorando los gritos de su dueño. Una multitud se reunió en la calle y comenzó a mofarse con escarnio del hombre, hasta que cedió y alivianó la carga.



Me acerqué a Titu, mi llama favorita de la manada de mi tío Urcon. Esta era de lana negra pura y más alta que el resto, tenía la cabeza erguida y el cuello largo y elegante. Titu tenía algo especial, sus orejas estaban más paradas y sus piernas eran tan fuertes como las ramas de los árboles.

Titu se quedó quieto mientras yo le acariciaba el pelaje grueso del cuello y le susurraba. Parecía que me hubiera escuchado antes de alejarse a medio galope. Observándolo, noté que Titu era muy parecido a la llama de oro que mi padre estaba moldeando con tanto cuidado.

Me imaginé cómo sería ir a un paseo con Titu: daría pasos firmes y seguros sobre el rocoso terreno disparejo de las laderas, incluso a grandes alturas donde el aire es escaso y es difícil respirar. No había otro animal que pudiera viajar por las montañas como una llama.

—No te apegues mucho a esa —dijo mi tío acercándose.

—¿A qué te refieres? —pregunté cauteloso.

Empecé a temblar porque había algo en el tono de voz de mi tío que no me gustaba. El sol desapareció y, de repente, parecía que Titu estaba en la peligrosa lejanía.

Urcon evitó mi mirada.

—Pregúntale a tu padre.

Fue todo lo que dijo.



SACRIFICIO Y CIVILIZACIÓN

Cuando volví al taller, me senté pasmado a los pies de mi padre, la palabra *sacrificio* punzaba mis oídos. Titu estaba destinado a ser una ofrenda para Inti, el dios del sol.

—Le pertenece al sol —me recordó mi padre, mientras trabajaba el oro con sus herramientas para volverlo elástico—, como esta llama, como todo este oro, y tú ya lo sabes.

En el calor del taller, preocupado me dejé llevar por la voz de mi padre que narraba una leyenda local conocida.

“Hace mucho tiempo, cuando las tierras desde las montañas altas hasta los terrenos secos de la costa eran agrestes, Inti miró hacia abajo y vio que la gente vivía como bestias.

Para Inti no era aceptable vivir de esa manera, así que envió a su hija y a su hijo a enseñarnos una nueva forma de vida.

El hijo y la hija de Inti aparecieron de la nada en la Tierra, cargando un bastón de oro que les había dado su padre. ‘Viajen hacia el norte’, ordenó Inti, ‘y presionen este bastón de oro contra el suelo mientras cruzan la tierra. Cuando desaparezca, sabrán que han descubierto el lugar donde se debe construir la ciudad sagrada’.

Mi padre hizo una pausa y martilló la hoja de oro cuidadosamente para hacer una ranura en el lado opuesto. Inspeccionó la llama miniatura, chequeando que las patas estuvieran en perfecta simetría.